

CULTURA

Artistas en plena juventud

MENORES DE 40 La investigación estética es el denominador común en sus obras.

Rafael Mateu de Ros. Madrid

Después de haber dedicado mi artículo anterior a los *Maestros Mayores* parece apropiado que nos fijemos hoy en artistas jóvenes, éstos que tienen 40 años o menos y comparten, entre otras cosas, la suerte de no haber entrado todavía en esa máquina de fagocitar personas que se llama Wikipedia.

No hay discordancia ni antítesis entre aquellos pintores en sus 70, 80 e incluso 90 años y los de hoy. La juventud como energía y como innovación no es atributo de la edad, sino de la personalidad de cada artista.

Más allá de un denominador generacional común, vamos a mencionar a artistas que reclaman atención por muchas cosas. Disponen de una formación académica impecable –grados en bellas artes, en arquitectura, doctorados y másteres– y se mueven como pez en el agua en los entornos internacionales. Van y vienen con becas y residencias fuera de España y hasta consiguen el milagro de exponer en espacios inverosímiles. Les atrae la investigación estética, la transversalidad de las formas –pintura, escultura, textil, instalaciones, foto, video, *performance*– y la interacción entre la plástica visual y las artes escénicas. Gustan de la economía de medios, de la transformación de los objetos cotidianos en obras de arte, del lenguaje urbano, la sensibilidad social y la experimentación constante. Algunas viven en y desde la periferia como concepto de creación independiente, y en todas, la audacia de la cultura *Millennial* está presente de una u otra forma.

June Crespo (38) crea esculturas a modo de *collages* metálicos. Elena Aitzkoa (36), residente también en el País Vasco, escribe, recicla y refleja en su obra los procesos de la naturaleza. La catalana Claudia Pagés (30) desarrolla caligrafías murales, *performance* y letras para piezas musicales. En la barcelonesa Eva Fábregas (32) sorprende con la sensualidad de los objetos inorgánicos y los cuerpos maleables.

Teresa Solar Abboud (35) cultiva un legado de refinamiento árabe que es el alimento de una escultura táctil de barro y de cerámica y, con la capacidad de pluralismo de esas jóvenes creadoras, realiza instalaciones de ecos mitológicos y universales

Shirin Salehi (38), artista iraní residente en Madrid, nos atrae desde JustLX 2018 por la elegancia, la contención, el silencio y la poesía de sus graffías veladas en papel, rollos, tablillas, palimpsestos, fragmentos, madera o papel japonés. A Borges le encantaría.

Leonor Serrano Rivas (34), arquitecta y graduada en bellas artes, invi-



▲ Belén Zahera.



▶ Eva Fábregas.



◀ June Crespo.



▶ Elena Aitzkoa.



▲ Leonor Serrano.



▶ Shirin Salehi.



◀ Teresa Solar Abboud.



▲ María Bisbal.



▲ Claudia Pagés.



▲ Irene Cruz.

ta desde Málaga a que el espectador dialogue con la entropía de espacios imaginarios, los no lugares, mecánica pretecnológica, palimpsesto, efímero, arabesque...

Luna Bengoechea (36) conecta el arte visual con la crítica de las rutinas de la alimentación y los riesgos de toxicidad en la sociedad desarrollada. No puede estar, desgraciadamente, más de actualidad.

Hay muchas más: Cristina Garrido (34) Belén Zahera (35), Julia Varela (34), Miren Doiz (40). Si repasan las convocatorias generacionales de La Casa Encendida las conocerán mejor.

Queda espacio, desde luego, para la figuración contemporánea. No ha arraigado el realismo en la España de nuestro tiempo con la fuerza de Paula Rego, Marlene Dumas o Jenny Saville, pero, entre los más jóvenes, sobresale María Bisbal (37), valenciana, que cultiva un retrato actual personalísimo incluso en sus obras institucionales y pinta también



▲ Luna Bengoechea.

bellísimos acrílicos monocromos. Irene Cruz (33) representa la generación joven de fotógrafas y videoartistas, a la que se suman Elisa Celda (25) o Claudia Rebeca Lorenzo (26) que ya pertenecen casi a la generación Z.

Creo que si Duchamp pudiera ver este espectáculo, se quedaría asombrado. Sus *ready-mades* nos parecen hoy antiguallas. Pero a los españoles nos sigue privando la admiración in-

condicional por lo extranjero. Y teniendo al lado lo que tenemos, preferimos, por llamar la atención y por no equivocarnos, exhibir a un danés, a un alemán e incluso a un islandés, que al final resulta que trabajan con los mismos tubos de neón o los mismos metales que nuestras artistas vascas, catalanas, madrileñas o andaluzas.

Coleccionismo contemporáneo

Apostar por el arte emergente que se está haciendo en nuestro país es una buena opción para todas las edades y etapas del coleccionista. A esa elección por lo próximo se opone el mito que afirma que el coleccionismo es el fruto de la pasión y la pasión, como todo lo sublime, no atiende a razones más que el capricho del coleccionista que de repente descubre en Viena, en Basilea o en Bogotá lo que, al parecer, no ha sido capaz de encontrar en Barcelona o en Madrid.

Creo en las pasiones hacia las personas y hacia las ideas pero el enrola-

miento hacia un objeto, aunque se trate de una obra de arte, es una hipótesis detrás de cual suelen esconderse sesgos de oportunismo, ignorancia, interés o amistad, cuando no un puro afán decorativo o, aún peor, el ansia de presumir y alardear. El arte contemporáneo es proyecto más que obra, proceso antes que producto, contexto más que individuo, instante más que atemporalidad, objeto más que sujeto, serendipia más que prescripción, curiosidad más que pasión, obras que rotan y pasan, obras antes que colecciones.

La pretensión del coleccionismo como proyecto de vida organizado en torno a la visión, el gusto o el sentimiento genial del coleccionista me ha parecido siempre un camelo. Todavía peor si el coleccionista resulta ser una institución pública. Lo mismo opino de la cantinela de la falta de incentivos fiscales al mecenazgo como si un cambio legal lo arreglara todo. Es más fácil. Conozcan a nuestras artistas jóvenes.